



ARTES + MEDIOS

76

LETRAS LIBRES
JUNIO 2015

El diablo que se aloja dentro

CINE FERNANDA SOLÓRZANO

El cine francés de este milenio ha insistido en explorar las nuevas identidades sociales. Un bloque de películas ha mostrado cómo las minorías étnicas se han integrado (o no) con los ciudadanos nativos, y otro tanto ha puesto a las mujeres en el centro de sus relatos. La diferencia entre las heroínas recientes y las del cine de generaciones previas es que las de hoy no se definen con relación a personajes masculinos: sus vínculos más estrechos son con otras mujeres. Lo de menos es si estos lazos son amorosos y/o sexuales y/o amistosos. Lo importante es que el inevitable juego de espejos las lleva al autodescubrimiento. Algunos ejemplos notables son *La vida de Adèle* (2013), de Abdellatif Kechiche; *Las nubes de María* (2014), de Olivier Assayas; y *Bande de filles* (2014), de Céline Sciamma. No cabe duda de que Sarah y Charlie, las amigas inseparables que protagonizan *Respira* (*Breathe*), pertenecen a ese

conjunto. Sin embargo, su historia no busca arrojar luz sobre un nuevo tipo de feminidad francesa. Si acaso, es la actualización de uno de los temas con más raigambre en el cine y la literatura de ese país: el *amor fou*, con todas sus secuelas de miseria y destrucción.

La historia de *Respira* arranca una mañana cualquiera en el interior de la recámara de Charlie (Joséphine Japy): una adolescente que empieza el día escuchando a sus padres insultarse y gritar. Charlie deja la cama y arrastra los pasos para bajar a desayunar. La cámara la sigue de espaldas, y aún sin ver su rostro uno puede sentir su hartazgo. La sensación se confirma cuando al fin se la ve de frente, comiendo con desgano los huevos que le preparó su padre (al parecer, el culpable del pleito). En su camino a la escuela, Charlie conserva el mismo gesto endurecido; la poca emoción que se asoma no es dolor sino rabia. Esa misma mañana Charlie conoce a Sarah (Lou de Laâge), una alumna nueva en la escuela que da la

impresión de ser una mujer *de mundo*. Guapa y desinhibida, fuma en cadena cigarros nigerianos. Cuenta que vivió ahí acompañando a su madre, quien trabaja para una ONG. Con esta y otras historias Sarah seduce a Charlie. Basta un día de convivencia para que esta se deshaga de su anterior mejor amiga y dedique todo su tiempo y atenciones a Sarah. La extravagancia de su nueva amiga hace que se olvide del conflicto entre sus padres. Toma el lugar de ellos, para bien y para mal.

Sarah y Charlie son un estudio en contrastes. La primera tiene el pelo rubio y ondulado y labios carnosos que son casi la marca de la voluptuosidad francesa bajo el modelo de Brigitte Bardot. En contraste, la belleza de la segunda es discreta: rasgos rectos y armoniosos, ojos un poco tristes y gestos que no rebasan cierto umbral de contención. Esto bastaría para encasillar a *Respira* en la categoría temática de niñas/adolescentes obsesionadas entre sí (*Criaturas celestiales*, Peter Jackson, 1994), donde una le

muestra a otra los placeres de la rebeldía (*A los trece*, Catherine Hardwicke, 2003) o usurpa la personalidad de la que considera perfecta (*Mujer soltera busca*, Barbet Schroeder, 1992). Incluso podría sumarse al género que aborda la crueldad femenina a la hora de establecer jerarquías, como es el caso de la muy oscura *Heatbers* (1988), de Michael Lehmann, o la más ligera *Chicas pesadas* (2004), de Mark Waters. Y aunque es cierto que en algunas escenas *Respira* repite clichés de las cintas sobre amigas tóxicas, el prólogo descrito arriba marca la diferencia respecto a ellas. La ira que le despiertan a Charlie el abuso de su padre y la pasividad de su madre es el hilo conductor del relato. Parece desvanecerse pero es solo en apariencia: esa rabia volverá transformada y elevada a la enésima potencia en la inquietante última escena, una sorpresa reservada al espectador.

Estrenada el año pasado en la Semana de la Crítica de Cannes —y este junio en México—, *Respira* es el segundo largometraje de Mélanie Laurent, conocida sobre todo en su faceta de actriz (encarnó a la bella Shosanna, mártir/vengadora de *Bastardos sin gloria*). Laurent debutó como directora en 2011 con el melodrama *Les adoptés*, que ya anunciaba su interés por el tema de las relaciones femeninas cercanas. Era una película verbosa y azucarada, pero dejaba ver habilidades reafirmadas en *Respira*: buen manejo de actrices y construcción de situaciones que expresan sentimientos de pérdida. En aquella película, estas situaciones buscaban crear compasión en el espectador. En esta son ominosas: las reacciones que obtiene de sus jóvenes actrices sugieren que las cosas no van a quedarse como están.

Ya que la fuerza de *Respira* está en su giro final, no debe revelarse mucho sobre el vínculo entre Charlie y Sarah. Basta decir que parte del principio freudiano que plantea que cualquier relación del presente es un intento de replicar (y reparar) aquella que se tuvo con los primeros objetos de deseo: los padres. La escena de *Respira* que mejor ilustra esto es aquella en la que Sarah visita por primera vez la casa de Charlie. Se gana también a su madre, Vanessa (Isabelle Carré), quien todavía con los ojos llorosos por



su situación conyugal ríe a carcajadas con la imitación burlona que hace la rubia de su tía. Esta escena de camaradería femenina —a costa de otra mujer, algo impensable en *Les adoptés*— se interrumpe cuando suena el teléfono. Quien llama es el padre de Charlie, por lo que Vanessa, anticipando el drama, toma la llamada en otra habitación. Lo que sigue echa a andar el juego de transferencias. Sarah toma el auricular que quedó descolgado y le dice al padre de Charlie que “se vaya a la chingada”. Histórica, Vanessa reaparece y le reclama su increíble intromisión. Sarah se ríe divertida, y Charlie junto con ella. Al lado de la actitud de tape-te que la chica percibe en su madre, la insolencia de su amiga toma la apariencia de fortaleza. Ante sus ojos, la rubia se ha convertido en una amazona capaz de frenar la bravuconería masculina. En cosa de segundos, logró lo que su madre jamás se atrevió a hacer.

El cariz psicosexual de *Respira* evoca a los *tbrillers* de François Ozon sobre atracciones fatales e impulsos reprimidos que salen a la luz. Por un lado, Ozon es un representante del cine francés más contemporáneo; por otro, es el sucesor estilístico de varios miembros de la Nueva Ola. En especial de Claude Chabrol, el único de los críticos/directores de esa generación que dedicó una carrera al cine de género: cintas de suspenso con pocos personajes, movidos por la infidelidad o el deseo de castigar. El modelo manifiesto de Chabrol fue Alfred Hitchcock, de quien escribió un estudio crítico (en coautoría con Éric Rohmer) que sigue considerándose el mejor hasta hoy. Más importante, Chabrol *continuó* la obra de Hitchcock

trasladándola al contexto francés; es decir, conservando el misterio en el tono, pero mostrando que el diablo muy pocas veces es un extranjero: se aloja dentro de todos, y le gusta manifestarse en aquellos con cara de ángel. Coincidencia o no, la actriz que interpreta a Charlie recuerda a Isabelle Huppert: la musa de Claude Chabrol, notable por encarnar mujeres que aniquilan sin cambiar de expresión.

El salto cualitativo en la obra de Laurent es tan grande que uno creería que *Les adoptés* y *Respira* fueron dirigidas por mujeres distintas. La primera es una historia genérica, de escenas en la lluvia y personajes que guardan álbumes de recortes. *Respira* es la adaptación de un relato del mismo nombre, pero muestra un punto de vista sin concesiones sobre el temperamento humano. En entrevistas, Laurent ha dicho que leyó la novela de Anne-Sophie Brasme a los diecisiete años, y que desde entonces quiso filmarla. Cuando lo hizo, trece años después, escribió el guion sin releer el libro: lo vivido en ese periodo, dijo, bastaba para llenar lagunas en la memoria. Nada de esto sería relevante si la película no transmitiera de forma tan eficaz la perspectiva de la venganza. Al modificar la estructura (en vez de un *flashback*, la cronología es lineal), consigue que el espectador empaticé con su protagonista hasta el momento final. Para filmar el desenlace, la directora colocó un audífono en su actriz. Desde otra habitación guio sus emociones y actos hablando en primera persona. Vale la pena recordar esto mientras se mira la escena. Es el tipo de anécdota que pone a las ficciones en su justa dimensión. —



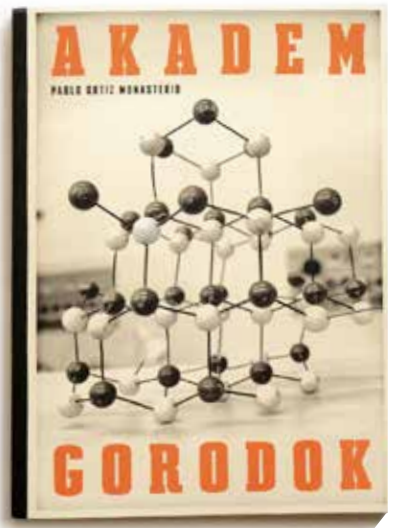
Akademgorodok, de Pablo Ortiz Monasterio

FOTOGRAFÍA JESÚS SILVA-HERZOG MARQUEZ

En 1957 la ciencia soviética colocaba en órbita el primer Sputnik. Unos meses después, el proyecto Vanguard de los Estados Unidos, que tenía el mismo propósito de colocar en órbita una luna mecánica, fracasaba estrepitosamente. El proyectil que habría de despegar de Cabo Cañaveral no se elevó ni un centímetro. Unos segundos después de la ignición, se desplomó para desintegrarse entre las llamas. El contraste entre los lanzamientos marcaría la historia y, sobre todo, la mitología de la Guerra Fría. La Unión Soviética se adelantaba en la carrera hacia el futuro. El planeta parecía estrecho para la patria del proletariado, dispuesta ya a conquistar el espacio. Un par de años después del lanzamiento del satélite, Nikita Jruschov le advertía al vicepresidente Nixon que pronto el comunismo triunfaría en todos los ámbitos de la vida: desde los viajes espaciales hasta los refrigeradores. Es interesante ver el famoso debate entre el premier soviético y el político californiano conocido precisamente como el “debate de la cocina”: Jruschov llevaba a la polémica el programa espacial;

Nixon presumía la televisión a color que estaba registrando la discusión. La ingeniería era el verdadero coliseo de la competencia histórica: la confianza de cada régimen no se expresaba como seguridad en su filosofía o en sus valores; no era una apuesta por el vigor de su economía, era confianza en su ciencia, en su técnica. Fe en los ingenieros.

De esa afirmación proviene el empeño de levantar, en el corazón de Siberia, un monasterio de técnicos, una ciudad para la ciencia: Akademgorodok. En el proyecto de su creador, el matemático Mikhail Lavrentiev, puede percibirse un eco medieval, universitario: apartar la inteligencia de la presión de lo cotidiano, amurallar la investigación para que florezca sin obstrucciones. Para habitar Utopía habría que levantar, primero, este paraíso de los científicos. Lejos de Moscú y de Leningrado, el frío siberiano cobijaría las mentes más brillantes del imperio soviético, permitiéndoles una entrega a la ciencia sin preocupaciones materiales y (por lo menos en principio) sin presiones políticas. “En breve —se decía en la fundación del campus— Siberia será la capital mundial del



conocimiento científico.” Decenas de institutos, cerca de 30,000 científicos girando alrededor de laboratorios, pizarrones y bibliotecas. La ciudad universitaria no padeció las estrecheces del entorno. La chequera de Jruschov no tenía límites cuando se trataba de pulir su joya. Diseñado para mostrar el poder del experimento soviético, terminó descubriendo su fragilidad. La ciudad, efectivamente, le abrió espacios a la discusión, a la crítica, a la libertad. Ahí trabajó Andréi Sájarov, investigando desde los átomos hasta los quarks. Su trayecto científico es emblema de una evolución intelectual que es, en realidad, una transformación moral: de las bombas al pacifismo. Ahí



Fotografías: Pablo Ortiz Monasterio

+El paraíso de la ciencia soviética, ubicado en el corazón de Siberia, terminó convertido en una postal de otra era.

abogó, ante Brézhnev, por los disidentes y sufrió las consecuencias del atrevimiento. Ahí escribió su ensayo “Progreso, coexistencia pacífica y libertad intelectual”, donde pide la salvación del socialismo poniendo fin a la dictadura de partido. La libertad para obtener y compartir información, la libertad para debatir sin miedo, la libertad frente al prejuicio y los dictados del poder eran vitales para la sobrevivencia de la humanidad. En su centro de economía, disciplina que algunos creen científica, los profesores Aganbegián y Zaslávskaya advirtieron que la comprensión de la realidad económica de la URSS exigía apartarse de la ortodoxia marxista. Sus tesis tendrían un efecto definitivo

en la perestroika. Gorbachov traería de Siberia a sus principales asesores económicos.

El mercado que se abrió paso tras de la muerte de la Unión Soviética ha sido menos generoso con esta fortaleza. El presupuesto público dedicado a la ciencia se encogió dramáticamente. IBM e Intel son los nuevos patrones. La mitad de los científicos ha abandonado la ciudad. Algunos de los que se han quedado han tenido que darle un giro a su oficio: los expertos en electrónica venden juguetes en el mercado, los biólogos cultivan hortalizas.



Pablo Ortiz Monasterio se topó con la Akademgorodok sin buscarla. Iba a Siberia a fotografiar chamanes y se encontró con físicos de partículas. El cuento es curioso. Putin, nostálgico de aquellas glorias de imperio, sería anfitrión de la Cumbre del G20. Para entregar a sus colegas un obsequio que capturara el esplendor de la gran Rusia, los organizadores convocaron a un grupo de fotógrafos para documentar su rostro y su paisaje. Al recibir la invitación, el admirable fotógrafo de los huicholes supo bien que no quería registrar las viejas ciudades europeas: quería encontrarse con lo más remoto: Siberia.

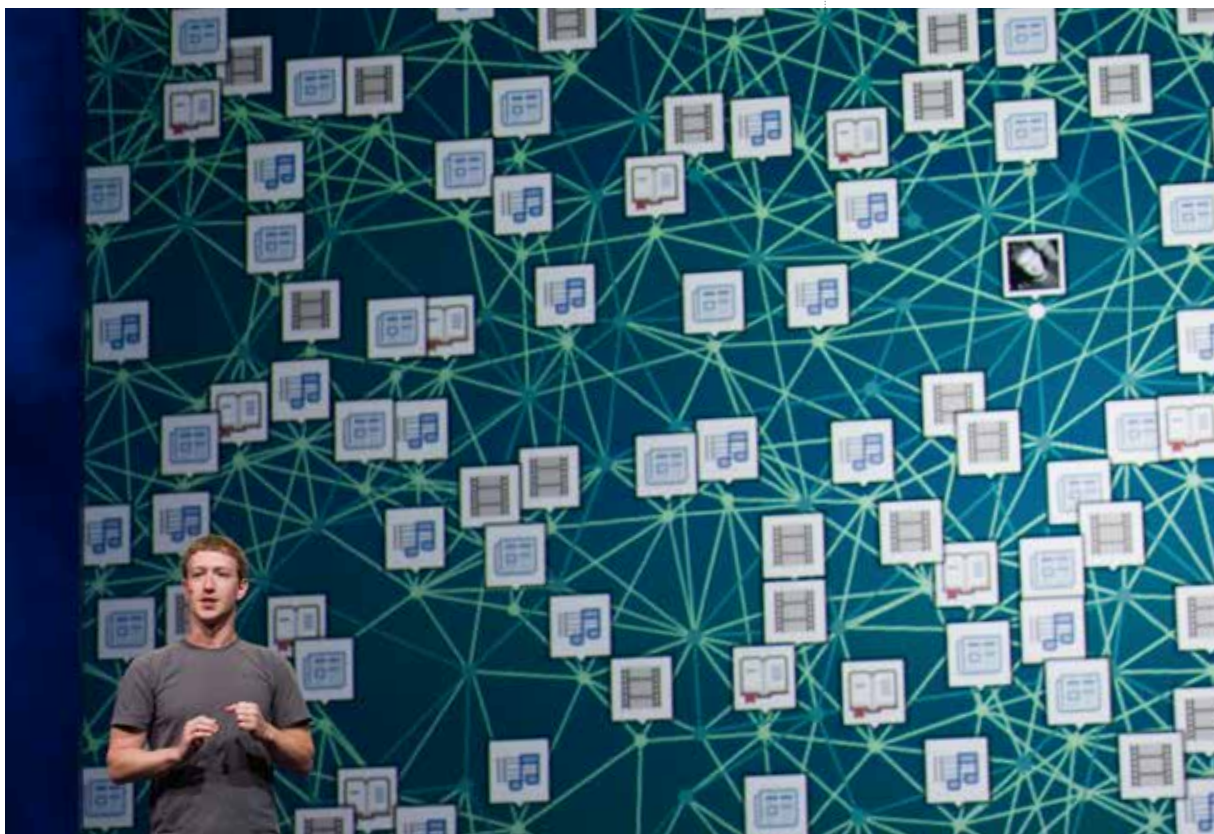
La palabra “chamán” nace ahí precisamente, en boca de pastores de renos. Siberia es el sitio en el planeta con mayor concentración chamánica. La conexión con el trabajo previo de Ortiz Monasterio era muy evidente: las ceremonias, los ritos, los cantos, los conjuros de huaves y tarahumaras pueden verse como descendientes remotísimos de los chamanes siberianos. Tras horas y horas de viaje,

el fotógrafo llegó a Siberia. Su guía lo llevó a un auditorio. Nada lo cautivó de ese encuentro: parecía otro lugar común de la arquitectura soviética. Lo que no anticipaba era lo que se escondía detrás de esas paredes ordinarias. Los laboratorios de una utopía congelada. Al entrar al primero, lo sedujeron las máquinas. Gigantescas y fascinantes esculturas. Cables fosforescentes, pantallas y teclados de otra era, tubos humeantes, agujas que miden el misterio, colores impensables, turbinas, peceras, matraces.

RM y Conaculta han publicado las fotografías que Pablo Ortiz Monasterio tomó en el claustro de la ciencia soviética. Era, hasta ese momento, una tierra desconocida a la lente. La muralla de la ciencia también cerró el paso a los hombres con cámara. El fotógrafo es siempre un intruso, un fisgón impertinente. Está con brujos o con ingenieros, el fotógrafo invade. Los científicos rusos, habituados a su cápsula, no querían ser retratados. En las granuladas imágenes sin pie de foto que se publican en el libro las figuras humanas aparecen por ello como cuerpos huidizos, fantasmales, miradas hoscas y pies en movimiento. El fotógrafo no tuvo tiempo para planear ángulos y luces. Fotografía al paso los pasillos y las bóvedas, cargando en el costal de su cámara imágenes que descubriría tiempo después. Fotografiaba como ciego, dice. Ortiz Monasterio sabía que estaba frente a un mundo que sus ojos no podían entender... pero la cámara sí.

En las fotografías se puede escuchar un silencio denso y mecánico, se puede ver el polvo y el óxido. No se asoma la blancura purísima de los laboratorios de la imaginación cinematográfica sino la maravillosa paleta de otra era. Cabina de verdes suaves, paredes de amarillos intensísimos, tubos rojos, columnas moradas, focos naranja. Maraña de grises, mosaico de azules. Más que a un laboratorio, las imágenes nos transportan al hermetismo de un submarino, el encierro de grutas profundísimas. No se asoma el sol por ningún lado, no sopla el viento. ¿Vivirán bajo tierra estos chamanes que juegan con la arena subatómica? —





Internet gratuito para todos: sueño y realidad

MEDIOS

NAIEF
YEHYA

No es casualidad que la era del colapso de las ideologías coincida con la popularización y democratización de las comunicaciones digitales en gran parte del planeta. Internet fue imaginado en la década de los sesenta bajo el espectro de la Guerra Fría pero para los años ochenta ya era un espacio abierto que comenzaba a poblarse de servidores comerciales. El World Wide Web, ideado por Tim Berners-Lee, se vuelve accesible en 1993 y gracias a su facilidad de uso y apariencia vistosa se convierte, entre otras cosas, en la maquinaria que impulsa las llamadas “pequeñas luchas” de los derechos humanos. La divulgación, el

activismo y el debate que permite el ciberespacio amplificaron las voces de quienes luchaban por la igualdad de las minorías y la justicia para los oprimidos. Aunque el impacto de las comunicaciones digitales en la cultura ha sido monumental, en 2015 dos terceras partes de la humanidad aún no tienen acceso a este recurso. El entusiasmo en la red de redes pasó rápidamente de la utopía de la horizontalidad de la comunicación sin jerarquías al establecimiento de faraónicos imperios mediáticos como Google, Facebook, eBay y Amazon. No obstante, no todo mundo está tratando de enriquecerse con una novedosa *killer app* o en un jugoso ofrecimiento público inicial en la bolsa, sino que muchos

idealistas, incluso dentro de las principales empresas digitales, siguen trabajando para hacer de internet el medio universal que prometió ser.

Internet es una plataforma amplia que cuenta con dos funciones principales: información y comunicación. El segundo aspecto, el que depende de la bidireccionalidad de las interacciones, es el que eleva el costo de este servicio. Usar la red como medio informativo, es decir sin correo electrónico ni chat ni otras interacciones, puede resultar muy económico y ser de enorme utilidad como si fuera una biblioteca pública de la humanidad, un recurso que ofrece información, manuales prácticos y una enorme colección de libros sin derechos de autor, así como noticias, boletines y alertas, algo cada vez más importante en un tiempo en que la radio comienza a parecer un medio en vías de extinción. Noruega ha anunciado que será el primer país en eliminar la banda de frecuencia modulada.

Syed Karim, el director de innovación del Media Development Investment Fund, una fundación

sin fines de lucro dedicada a financiar medios informativos independientes en países con un pobre historial en materia de libertad de expresión, creó Outernet, un sistema totalmente gratuito y de uso anónimo que emplea satélites geostacionarios, de órbita terrestre baja y CubeSats (pequeños satélites baratos de diez centímetros cúbicos y un peso de 1.3 kilos) para transmitir en ondas de radio (*datacasting*) enormes cantidades de información que puede ser recibida en la tierra con modestas antenas satelitales conectadas a receptores Lantern, un dispositivo que sirve de *hot spot*, opera con energía solar y ofrece acceso a cientos de usuarios mediante wifi. Karim está convencido de que el acceso a internet es un derecho humano tan elemental como el del agua y su intención es reciclar tecnologías existentes para abaratar los costos, así como invitar a todo aquel que no tenga servicio de internet a que fabrique su propio receptor. Eventualmente considera que Outernet será bidireccional y venderá receptores baratos (con un costo aproximado de veinte dólares). Esta distribución de información *offline* permite también evadir censura, bloqueos por motivos políticos, militares o sociales así como sortear catástrofes naturales y apagones. Outernet es una versión muy reducida de internet que ofrece sitios útiles como Wikipedia y Khan Academy. La selección de los sitios incluidos se da mediante propuestas y votaciones de usuarios así como patrocinios.

Outernet no es el único proyecto destinado a ofrecer información y entretenimiento a los miles de millones que aún no están en línea. Mark Zuckerberg, el fundador y director de Facebook, presentó en 2014 un proyecto para asociarse con algunas de las principales empresas de telefonía móvil del mundo para ofrecer servicio telefónico básico gratuito a las millones de personas en países pobres y en vías de desarrollo que carecen de celular. Esto sería parte de la iniciativa internet.org que consiste en proveer internet y por supuesto Facebook. Se utilizarán satélites en áreas remotas y con baja densidad

de población en las que se instalarían estaciones que usarían cables o redes celulares para distribuir la señal. Mientras tanto se emplearían drones (con capacidad de permanecer por largos períodos en el aire usando energía solar) en áreas suburbanas y rurales. Tanto los satélites como los drones podrían comunicarse con las bases en tierra con un tradicional sistema de transmisiones de onda corta pero también podrían hacerlo con láseres infrarrojos, de manera semejante a los controles remotos de la televisión, para enviar grandes cantidades de información por frecuencias poco empleadas. La aparente generosidad de Zuckerberg y las empresas de comunicación es una inversión a largo plazo que si bien implicará pérdidas durante algunos años a la larga se pagará con creces. Otro proyecto ambicioso es Loon de Google, de 2013, que consiste en emplear globos en la estratósfera (a unos veinte kilómetros de altura) que se desplazan con las corrientes de aire para crear una red versátil, móvil y amplia. Google y algunas empresas de telecomunicaciones compartirán el espectro de la señal celular para permitir a los usuarios conectarse con sus dispositivos con la red de globos y con internet.

En sus inicios internet ofrecía el sueño de “liberar” la información de los controles institucionales y gubernamentales. En gran medida la promesa se cumplió, sucumbieron imperios mediáticos, el control de los datos cambió de manos y se desmoronaron viejos órdenes y las jerarquías de la política y el entretenimiento. Sin embargo, a más de veintidós años de acceso masivo a la red alrededor de 4,000 millones de personas no usan o no conocen internet. Es probable que una constelación de satélites, un ejército de globos o escuadrones de aviones a control remoto logren extender el rango de alcance de ese prodigio de comunicación e información digital. La pregunta es si este servicio realmente beneficiará a esas poblaciones marginadas y si los beneficios compensarán el congestionamiento y tráfico espacial sin precedente provocado por todos esos nuevos objetos voladores. —



Escuchar al otro
cual si fuera un libro.

No hay competencia,
hay un micrófono disponible
y tres minutos para compartir.

24 JUNIO 2015 | 18:00 HRS.
ENTRADA LIBRE

MUSEO UNIVERSITARIO DEL CHOPO
www.chopo.unam.mx
@museodelchopo